Si eliminase de aquí estos versos rebeldes, hurtaría indignamente algo de mi humilde personalidad literaria.

Yo he tenido mis horas negras... (¡quién no las tiene!) En esas horas han nacido estos versos... Son hijos de mi rebeldía, preñada de un amor infinito á la verdad, á la justicia y á los débiles...

Puede excusarse la lectura de estas páginas y debe excusárseme la flaqueza.

Vicente Medina

A MI MUSA

Pobrecita musa mía
desolada;
plañidera humilde musa
que tristezas solo canta,
vete lejos
que importunas y nos cansas...
Deja en paz á los felices...
¡gime á solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...
nuestra risa con tus aires melancólicos apagas

y nos tornas pensativos
y provocas nuestras lágrimas...

'Musa simple y primitiva,
musa cándida,
vete lejos ó por otros
tus sencillos temas cambia...
¡Vete lejos!
vete ó canta
las brillantes tradiciones
de la patria...
¡perpetúen tus acentos la epopéyica grandeza
que en gloriosos timbres luce la viril valiente raza!
Sacrifica tus ingenuos arrebatos...
Inocente musa, calla
las verdades afrentosas, las miserias repugnantes,
lo asqueroso, lo que sangra!

No repitas tus canciones
melancólicas y amargas,
que no dejas á los hartos digerir tranquilamente,
¡musa mía!... ¡pobre enferma, del dolor enamorada!

¡SON LOS SINCEROS!

¡Dejadles paso, que son los débiles!
Son los viciosos, son los abyectos,
son los esclavos de sus flaquezas,
¡son plumas leves que lleva el viento!

¡Dejadles paso! No son cobardes
viles hipócritas; no son de aquellos
que, porque saben velar lo impuro

de sus pasiones, pasan por buenos.

¡Dejadles paso, que son los malos!
¡los del estigma!... ¡no hay que temerlos!
no son abismos impenetrables...
¡son anchos campos al mundo abiertos!

Dejadles paso, que son sencillos,
que son humildes, que son ingenuos...
son los que tienen la valentía
de sus acciones... ¡son los sinceros!

EL DELIRIO DEL HAMBRE

«¿Lo quereis? pues disfraz: el más de moda,
de la moral y la razón afrenta.
De hoy para atrás, idiota me declaro
y abjuro ¡vive Dios! de mis ideas.
Seré, para igualarme con vosotros,
todo lo vil que os empeñais que sea:
apóstata, servil, rastrero, infame,

hipócrita, canalla, sinvergüenza...
¡seré el más despreciable de la odiosa
raza del mal que con los buenos medra!»

. . . . . .

¡Así gritaba el mísero harapiento,
del hambre en la horrorosa borrachera!...

La Canción del vicio

Rebelde y dolorido, brutalmente sincero,
con arrogancia noble, con dejo de verdades
amargas y terribles, el vicio, allá en sus antros,
cantó la más extraña de todas las canciones...

Oid lo que cantaba:
—«Me señaló el estigma,
impetro vanamente una piedad que sienta

la compasión sin límites de todos los dolores
¡y el implacable acoso de la virtud padezco!...

Compadeced mi lucha, oid como un quejido
mi blasfemar terrible, cuando en las negras horas
contengo mis deseos desesperadamente,
¡lo mismo que á salvajes desenfrenados potros!...

Mi blasfemar, entonces, es la protesta ruda
contra las necias trabas que la moral impone...
¡esa moral ridícula que, hipócritas, consagran
los viles y los débiles que más la prostituyen!...

Yo soy el maldecido dolor desheredado
que todos exacerban, aunque lo sufren todos...
¡no ven ¡oh, miserables! que el bálsamo que cure
los males de la vida, será la tolerancia!

Yo soy cobardemente por todos combatido,
y todos en la sombra son luego mis secuaces...
Si cínico me ostento, la sociedad se espanta,
y ese cinismo mío redimirá á los hombres!...

Debemos ser sinceros, brutalmente sinceros,
como la propia vida nos haya revelado,
pues la virtud segura que á la verdad nos lleve,
será la combatida sinceridad del mundo.

¡Viciosos!... ¡oh! ¡qué saben los fríos moralistas!...
Hay muchas de las grandes virtudes proclamadas
que son enormes vicios... Entre los grandes vicios
anatematizados ¿no habrá virtud alguno?

TEORÍA DEL PLACER

Gozar la vida...
¡cuán fácil es!
Grandes placeres ¿Pero hay, acaso, placer pequeño!
¡qué insensatez!

Y el saboreo de futilezas y nimiedades?
¿Y el goce puro de los dolores, no lo es también?
¡Gozad la vida ¡Gozadlo todo
que, si se goza, todo es placer!

Gozar la vida...

¡cuán fácil es!
Basta quererlo,
basta creer...
Creer que el goce que disfrutamos es todo el goce,
y por entero darnos á él.

Una mirada de amor es todo;
si no os miraron, aún que os miraron podeis creer:
soñadlo y basta,
¡que acaso sean las realidades sueño también!

Para los pobres es mi teoría...
¡Tristes, sabed
que es patrimonio de toda vida
y que esperando
que lo despierten, dentro de todos duerme el placer.

Gozar la vida...
¡cuán fácil es!
Al borde mismo de los sedientos abiertos labios
corren las fuentes, ¡tristes, bebed!

VERDE

Frescos tus labios húmedos
como carnosos pétalos
de rosa alejandrina
cuajada de rocío...
frescos tus labios abres
y muestras tu atrayente
boca sensual, que insulta
toda quietud austera...
Late tu seno, hinchado
por el suspiro ansioso,

mostrando tu garganta
blancuras impecables...
Te inclinas y lascivos
me besan tus cabellos
voluptuösamente
con su raudal de öro,
y ríes candorosa
y siento que me turbas
con el mirar profundo
de tus pupilas garzas...

. . . . . .

Repara en que me pones
á prueba, vida mía...
Repara que despiertas
mis bárbaros instintos
y que si tú, imprudente,
cayeras en mis brazos,
¡serías gota de agua
sobre candente hierro!

TÁNTALOS

Yo observé aquella lucha
de ansias locas de amor, de *ellas* y de *ellos*:
lucha sorda y horrible
que carcomía los ardientes pechos...
lucha contra la torpe tiranía
de sociales preceptos...

Observé la protesta en las miradas
cargadas de pasión y de deseos...

en los hondos suspiros...
en los latentes senos...

Y ví con claridad incontrastable,
que hubieran todos proclamado, á un tiempo,
la santa libertad de los amores,
reconocida como bien supremo...

Mas nadie se atrevió, por más que todos
estuvieran de acuerdo,
y siguió la batalla de miradas,
dulces suspiros y latir de senos...

Uncidos á un brutal puritanismo,
ví que tenían, débiles ó necios,
¡sus labios en la fuente de la vida,
y morían sedientos!

INGENUA

Nos cercaba y oprimía
la compacta muchedumbre de la fiesta,
y á mi lado se pusieron con la anciana
los dos jóvenes:
él, simpático;
ella, fresca, sana y linda...
¡de hermosura saludable y sonriënte!
Parecían y debían de ser novios,
porque, al verlos en pareja cariñosa,
recordábanse los pájaros que se reunen en el bosque

para hacer juntos un nido...
Mas, á un tiempo,
bromeäban y reían como hermanos,
y su risa no temblaba
con las hondas inquietudes del deseo.
. . . . . .
Como cosa presentida, inevitable,
y empujados por la gente,
de la joven
se juntó la mano suave con la mía
y el encuentro delicado
fué atrayente... cual de cosas que se äman,
que se buscan silenciosas y discretas
y que viven el misterio de la vida...
Y las manos se oprimieron dulcemente,
y calladas se adoraron en el beso de la carne,
y calladas y febriles elocuentes se dijeron
la pasión devoradora,
con las olas impetuosas de la sangre,
con el fuego de las venas,
¡y quedaron enlazadas!
Tuve entonces
la visión deslumbradora de la dicha,

y pensé con alborozo,
llena el alma de ternuras inefables:
«¡Son hermanos! ¡Son hermanos!»
Ni una frase de los labios profanó las delicadas
confesiones de la carne,
y la misma muchedumbre
que inconsciente nuestras manos enlazara,
como viento que arrebata las semillas de los surcos,
ir nos hizo opuestamente.

. . . . . .

A otro día pude verla, pude hablarla,
y vilmente se mintieron nuestros labios:
—¿Y aquel joven?—yo le dije con fingida indiferencia.
—Es mi novio—me repuso ingenuamente.

¡POBRE MADRE!

Depravada meretriz escandalosa
que hace gala de impudencia
y con cínicos cantares
el burdel inmundo atruena,
ni un asomo de rubor ni sentimiento delicado,
ya le queda!...
En la calle
y á la puerta,
como esfinge
del dolor y la vergüenza,

con los ojos escurridos de llorar desesperada,
la abatida madre espera...
¡Pobre madre! Triste clama dolorida:
—¡Ay mi niña!... para verla
de este modo,
más valía que la hubiese visto muerta!—

. . . . . .

¡Pobre madre! Dormidita en el regazo,
cuántas veces la meciera
y arrullara el dulce sueño largas horas
en las noches de dolor y de miseria...
¡cuántas veces, asustada de los riesgos de la vida,
apretara contra el seno á la linda pequeñuela!
¡Ay su niña!... con qué mimos la críara!...
¡qué ilusiones en su niña tuvo puestas!

. . . . . .

La abatida triste madre,
desolada, del burdel está á la puerta,
y la hija, con injurias y bestiales improperios
la atormenta:
—¡Qué mareo! No te canses,
no me llores y no vuelvas.
¡Tus pingajos y tu cara, que parece

que te vás cayendo de hambre, me avergüenzan!
Puedes irte
y hazte cuenta
de que he muerto!...—
Y la triste madre clama:
—Para verte de este modo, ojalá que te murieras!—

LOS TERRONCITOS

Junto á las mesas del café se paran
los haraposos vagabundos niños
y piden plañideros con vocecitas tiernas
un terroncito...
¡junto á las mesas en donde ríen
indiferentes los hombres frívolos!...

Amargo sabe el moka
y amargo es el acento de los niños...
ávidos miran

y alargan su hociquito...
Conforme echo el azúcar en mi taza,
me parece robar los terroncitos
y, como si amargasen,
el moka está amarguísimo...

Junto á las mesas
están los niños...
«¡Tomad azucar!»
«¡Tomad!»—les digo
Y al ver que se relamen ¡oh, qué dulces
me parecen aquellos terroncitos!

LOS SOLDADOS

En la columna marchan,
cogidos como buenos camaradas, del brazo,
dos jóvenes reclutas
rubios como las mieses doradas de los campos...
Son casi niños; hablan
y evocan con encanto,
llenos de simple ingenuidad, la aldea,
las montañas azules y los valles lejanos...
Hablan de sus amores, de las fiestas alegres,

de su triscar, felices, en el prado...

Y al son de cantinelas infantiles
ó de amorosos fraternales cánticos,
¡á matar ó á dejarse matar en la pelea,
sin que sepan por qué, van los soldados!

LAS ALMITAS BLANCAS

A las honras fúnebres de un rico, llevaron
á las pobrecitas niñas asiladas:
por uno de aquellos que imperar hicieron
las iniquidades, la injusticia humana,
á impetrar clemencia llevaron las víctimas...
¡tristes angelitos de carita pálida!...

Y en el templo que el lujo pagano
con sus flores del mal profanara,

flores del martirio,
sumisas, humildes, las niñas oraban...
¡Como lirios pálidos
movidos al aura,
por un alma negra,
clemencia pedían las almitas blancas!

La Canción del Dinero

«¡Dinero, dinero, dinero!»

Con obsesión estúpida, con terquedad de idiotas,
idólatras del oro, los ví pasar frenéticos
cantando su canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

De irracional codicia poseídos,
brutales é impertérritos,
pasaron los idólatras del oro

desenfrenados, ebrios,
acariciando las monedas sucias
con lascivo deleite entre sus dedos
y acompañando su canción de imbéciles
con el vil asqueroso tintineo.

Pasaron los imbéciles
enriquecidos y jamás contentos,
en su ambición estúpida insaciable,
pobres y eternamente pordioseros;
pasaron por el mundo
tacaños y ruïnes y perversos,
sordos á la razón y á la justicia,
sordos á los gemidos y á los ruegos...
¡pasaron por el mundo
á su canción grosera solo atentos!

Al esplendor del oro,
pasaron por el mundo deslumbrados y ciegos,
sin ver jamás ¡oh, topos despreciables!
la riqueza infinita de lo bello;
pasaron, buscadores de tesoros,
¡oh, miserables réprobos!

sin ver los infinitos
que en la bondad y el bien hallan los buenos;
pasaron los imbéciles,
y á toda noble exaltación, acérrimos,
su baba repugnante
soeces escupieron
cantando su canción bestial y cínica:

«*¡Dinero, dinero, dinero!*»

Pasaron los idólatras, pasaron y engreídos
por la corte de míseros rastreros,
(imbéciles también, que coreaban)
proclamaron soberbios,
que era el dinero el Todopoderoso,
el Dios grande y supremo...
Y consagrado el Dios de los imbéciles,
como glorioso Hosanna, se alzó del Orbe entero
la estúpida canción bestial y cínica:

«*¡Dinero, dinero, dinero!*»

EL VERDUGO DE LOS POBRES

Fosco, impasible, fiero:
como inhumano déspota, implacable;
como esbirro cruel, desapiadado,
atormenta el invierno á los humildes...

Á los humildes!... Vedlos
temblar acobardados
en los umbrales fríos
de la morada rica

que el invierno servil jamás traspone...
¡Vedlos vagar errantes
de hueco en hueco por la helada sombra,
silenciosos y tristes,
como almas condenadas,
por el cierzo inclemente combatidas!...

Gime la madre en el portal; en vano
trata de cobijar á sus hijuelos
que tiritan de frío...
Vacila y cae de bruces
el anciano sin fuerzas
que sin calor de nadie,
¡siente desamparado
penetrar en sus huesos
el frío de la muerte!...
Dando fin al trabajo con el día,
sin fuerzas, extenuado,
fustigado el obrero miserable
por el frío del cielo y de los hombres,
desesperado marcha
sin que alumbre su paso ni una estrella...

¡le señala su rumbo el negro caos
de la noche fatídica!

. . . . . .

. . . . . .

Se diría que tiemblan los hogares
de los desheredados,
al aliento glacial estremecidos...
Pueden temblar, á fé, que está á sus puertas,
con todos sus tormentos,
¡el verdugo implacable de los pobres!

VIEJA HISTORIA

Como ascua de oro luce el palacio
donde celebran la esplendorosa fiesta brillante,
y en el soberbio salón, un triste juglar de penas
cuenta una historia que, por lo vieja, no escucha nadie:
—Hay pobres gentes
que pasan hambre...
—¡Historia vieja más importuna!...
¿quién no la sabe?
¡Cerrad la puerta
que pasa el aire!

—¡La pobre anciana
murióse de hambre!...
—¡Vuelta á la historia!
¡Traed manjares!...
—La pobre anciana...
—¡Que siga el baile!
¡Cerrad la puerta
que pasa el aire!...—
Ahogada queda la vieja historia
por el alegre son de los valses...
las gotas puras
de la llovizna tenaz que cae,
cual misteriosas lágrimas, brillan
en los cristales,
¡y al azotarlos, suenan en ellos
cual si llamasen!

. . . . . .

¡DULCE PAZ!

Junto al hogar estábamos
felices y tranquilos...
fuera zumbaba el viento
y atormentaba el frío...
En su camita blanda, dichosos, abrigados,
dormían nuestros hijos...

Como otras veces, á mi buena esposa
le dige compasivo:

—Los pobres rapazuelos vagabundos
en los portales buscarán abrigo.—

Fuera zumbaba el viento...
á los desheredados atormentaba el frío...
En su camita blanda
dormían nuestros hijos
¡y en nuestro hogar estábamos
felices y tranquilos!

¡TODOS DELINCUENTES!

Su mano inflexible puso la Justicia,
del rapaz apresado, en el hombro...
¡La mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!...
El precoz pilluelo
llevaba la angustia pintada en el rostro...
lágrimas y súplicas
llevaba en los ojos...
¡Su queja tenía
plañideros tonos!...

Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

. . . . . .

A pesar de la marca infamante
que el precoz pilluelo llevaba en el rostro,
ví al rapaz como víctima triste...
¡como delincuentes, á los hombres todos!
Llevaba el delito
pintado en el rostro...
¡como nimbo purísimo vieron
su angustia mis ojos!...
Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

MERCADO

En balde solloza la mísera anciana
y en vano con ruegos humildes pretende
que le fíen más pan en el puesto...
¡las quejas son tantas, que ya no conmueven!
Oid lo que dice
la anciana, estremece:
—¡Pasan hambre mis hijos, mis nietos...
¡señor, que se mueren!...—
A la puerta, la joven aguarda:
sus ojos son bellos y son elocuentes...
¡no quisiera saber lo que piden!...
¡¡no quisiera saber lo que ofrecen!!

. . . . . .

EL PAGO

Pasaron altivos, austeros y graves,
¡la frente muy alta!...
sus siluetas obscuras y tristes
la prisión pavorosa tragaba...
Eran los rebeldes, redentores trágicos
que sintieron la ajena desgracia...
¡y en cuyos hundidos ojos parecía
que dejaron huella las ajenas lágrimas!...
Eran los rebeldes... ¡¡las gentes ¡idiotas!
con indiferencia glacial contemplaban
cómo las siluetas obscuras y tristes
la prisión pavorosa tragaba!!...

PERDÓN, CARAS TRISTES

Perdón, rostros helados...
¡helados como días brumosos del invierno!...
Perdón, caras tranquilas...
¡tranquilas como tumbas de la alegría muerta!...

Perdón, si ante vosotras reí plácidamente...
perdón, caras obscuras, estáticas y graves...
perdón, si ante mis ojos, pasando inadvertido,
mostró el dolor su gesto... ¡su gesto soberano!

De hoy más, ante vosotras me humillaré tan solo...
¡tan solo ante vosotras que sois lo más augusto!
Pedid, que la alegría del mundo os pertenece...
¡pedid á los que ríen, que os roban vuestra risa!

LA PENA DEL TALIÓN

. . . . . .
. . . . . .

Y dando cima á la labor inmensa
de santa redención, y arrebatando
en pos de sí las redimidas turbas,
la Venganza subió sobre el hermoso
carro triunfal llenándolo de obreros,
y con acento soberano, dijo:
—«¡Ya los domé! Uncidos al potente
carro del triunfo van; llevan la carga